

La implosión

Raúl Prada Alcoreza



La *implosión* es precisamente lo contrario de la *explosión*, por así decirlo. La *explosión* sale afuera, se despliega con fuerza expansiva; en cambio, la *implosión* se sumerge, para decirlo de esa manera. ¿Se puede sugerir la figura de que en la *implosión*, la *explosión* se da adentro? Esta es una pregunta sugerente, sobre todo, para la *interpretación*, además para la *conceptualización*. Tomando en cuenta la pregunta, fuera de tomar en cuenta la *reflexión* o las definiciones anteriores, lo que importa, ahora, es usar este *concepto* de *implosión*, para *interpretar* lo que ocurre cuando una *forma de gubernamentalidad* se desmorona.

Los *órganos de poder* del Estado venezolano se encuentran confrontados, aunque uno de ellos sea la *minoría*, la *Fiscalía General*, compartiendo la *confrontación*, con el Congreso, que está ocupado por la llamada "oposición" – en esta confrontación, no hay dos lados confrontados, sino tres; la "oposición" se enfrenta al gobierno desde las posiciones tradicionales de la denominada "derecha"; en cambio, la *Fiscalía General* lo hace desde el legado de Hugo Chávez -, y los otros la *mayoría*, el ejecutivo, el Tribunal Constitucional, El Tribunal Electoral. Esto que ocurre en la *super-estructura política*, usando esta figura *marxista*, interpretada, empero, de distinta manera por las *corrientes marxistas*, de alguna manera, *refleja* lo que ocurre en la sociedad, que también está dividida. Antes se decía, cuando se dieron los penúltimos resultados electorales, sobre todo, de la última elección presidencial, que la sociedad estaba prácticamente dividida como en dos mitades. Sin embargo, en las últimas elecciones legislativas, el resultado mostró que la mayoría absoluta está contra el "gobierno progresista", que exactamente no es sucesor de Hugo Chávez, sino el heredero beneficiado por la sucesión.

El "gobierno progresista" no tiene la mayoría absoluta, como lo tuvo durante las gestiones de los gobiernos de Hugo Chávez. Ahora es *minoría*, de acuerdo a la votación en las elecciones legislativas. No es que el grueso de la población venezolana apoya a la "oposición", sino como dicen en los barrios populares, se le dio un voto castigo a Nicolás Maduro y a todos los entornos, que conforman el gobierno oficialista y parte del Estado, tomado por esta expresión política heredera.

Hasta hace poco, todo parecía un conflicto entre la "oposición" y el gobierno; empero, ahora, en el tráfigo de los *acontecimientos*, el conflicto se ha extendido, ahora se da entre gran parte del pueblo y el

gobierno, que se ha atrincherado en los órganos de poderes del Estado que controla. Aquí o en esta *coyuntura*, en sus circunstancias desbocadas, no se puede decir, de ninguna manera, que se trata, como lo dice el gobierno, de "defender el gobierno revolucionario" o caer en manos de la "oposición de derecha". Este *reduccionismo* es el argumento que emplea para mantenerse en el *poder*, cuando parece que lo ha perdido, sobre todo, en lo que respecta a la *legitimidad*.

El desafío histórico es otro; ¿Cómo *continuar la revolución*? ¿Cómo *continuar la lucha*? ¿Cómo evitar que la *revolución* se detenga en su *termidor*, de "derecha" o de "izquierda", y continúe? Se sabe que un retorno de la "oposición" corresponde al termidor de "derecha"; lo que no está suficientemente claro es que si se mantiene el gobierno de Maduro, lo que parece ya muy difícil, dada la intensidad de la crisis, corresponde al termidor de "izquierda". Por ambos lados muere la *revolución*.

Pregunta: ¿Podrá el pueblo venezolano resolver el *problema* y el *desafío* que enfrentaron anteriores *revoluciones* y no pudieron hacerlo? Esto de *continuar la revolución* y *salir del círculo vicioso del poder*. No lo sabemos; empero, lo sugerente de la *coyuntura* álgida, es que ha aparecido, se ha pronunciado y está actuando, la *tercera opción*; la hemos llamado *alternativa al callejón sin salida*¹. La Fiscal General ha asumido valientemente la *defensa* de la Constitución bolivariana y del legado de Hugo Chávez, enfrentando a la *simulación política*, a la impostura y a la suplantación de la *revolución*, por parte de una *coalición clientelar*. Ella viene apoyada, aunque no coincidan del todo, por exministros de Chávez, por intelectuales críticos de *izquierda* y, sobre todo, por el pueblo, por lo popular de los barrios chavistas, que ya se atreven a salir a *defender la revolución bolivariana* contra la *coalición de los oportunistas*.

El Tribunal Supremo de Venezuela congela las cuentas y prohíbe la salida del país a la Fiscal General, Luisa Ortega. El Tribunal Supremo de Justicia (TSJ) de Venezuela aprobó este miércoles medidas cautelares en contra de la Fiscal General Luisa Ortega, las cuales incluyen una prohibición para salir del país y el congelamiento de sus cuentas bancarias. En un comunicado, el TSJ informó que las medidas son preventivas ante la apertura de un "antejuicio de mérito" en contra

¹ Ver *Alternativa política al callejón sin salida*.

<http://dinamicas-moleculares.webnode.es/news/la-alternativa-politica-al-callejon-sin-salida/>.

de Ortega por "la presunta comisión de faltas graves en el ejercicio de su cargo". Esta medida, por cierto inconstitucional, muestra el alcance de la crisis; hasta donde ha llegado. Lo que no se puede hacer constitucionalmente, incluso institucionalmente, se hace. Todo ya develando en una confrontación *no democrática*, sino *violenta*; no nos referimos solo a la *represión* del *Estado policial* en las calles, sino también a estas *violencias* puntuales, a estos forcejeos, empellones, alocados, por excluir del escenario político a uno de los *poderes* del Estado.

El gobierno de Maduro no enfrenta una "conspiración", que nombra asiduamente, en la costumbre discursiva palaciega, como de "derecha" e "imperialista", sino enfrenta el propio *vacío*, el ahuecado fondo de una "izquierda" disfrazada, suplantadora de la movilización social, del ímpetu desbordante del pueblo, de la *invención política* diferida del *caracazo*, la propia *revolución bolivariana*, la *plebeya*. La *burocracia partidaria* se apoderó de la *creación plebeya*, que acompasó con la *rebelión carismática* de un oficial nacionalista, al estilo de los caudillos populistas de mitad del siglo XX. Usa el *prestigio* y la *convocatoria simbólica* y *política* de este *prestigio* como *medio* para sus *finés*; la preservación del *poder*, en el camino rutinario de su *círculo vicioso*.

Lo que no quiere ver este "chavismo" *deschavetado* oficialista es que ya no se enfrenta solo a la "oposición", como antes; tampoco, recientemente, a la juventud de las universidades y otros estratos medios; sino que enfrenta, ahora, al pueblo venezolano, que está harto del *teatro político*, además mediocre. Que quiere resolver los problemas básicos de sobrevivencia, de salud, de trabajo; que quiere poder responderse a las preguntas: ¿Qué ha pasado? ¿Por qué la *revolución*, que era *esperanza* y *entusiasmo*, se ha convertido en *escasez* de todo; no solo de *bienes* de consumo, de medicamentos, sino de *ideas*? Lo que no sabe el pueblo es que parte de la *estructura de poder*, la partidaria y gubernamental, es la nueva *élite*, los *nuevos ricos*. Si lo supiera, esta *élite*, que se sostiene en la *confianza popular*, es resultado de la *usurpación* de la *revolución bolivariana*, la *élite* tendría que escapar ante la furia del pueblo.

No interesa lo que diga esa "izquierda" *apologista* sobre estos "gobiernos progresistas"; lo que dicen es repetición de *enunciados* dichos antes, *enunciados* que han perdido contenido, pues lo *enunciados* quedan todavía, aunque las *revoluciones* hayan desaparecido. Lo que importa es lo que siente, piensa, dice, el pueblo. No es fácil abandonar *esperanzas*, expectativas, confianzas, sobre todo, el creer en los que se confiaron. Es todo un *aprendizaje* de las

experiencias sociales y políticas dramáticas. Cuando se da el *aprendizaje* colectivo, el pueblo se libera de sus propios *fetiches* y se asume como *protagonista* de la *historia*, para decirlo de ese modo, usando esta *representación* de la concepción del *tiempo lineal*, que no compartimos, pero ayuda a *comprender*.

La Fiscal General, Luisa Ortega, ha decidido enfrentarse con todo, arriesgándose, a la impostura política. Este *coraje de la verdad*, para nombrar el título de un libro de Michel Foucault, nos muestra que hay *voluntades* para salir del *círculo vicioso del poder*, para no repetir lo mismo que en la *historia política* se repite, sino para cruzar el *umbral* del *horizonte histórico-político-social-económico-cultural*; en las condiciones que se da en la *singularidad* de las *formaciones sociales*. Para defender una Constitución que contiene las pasiones, esperanzas y proyecciones de un pueblo que se levantó, en el *caracazo*, contra una *oligarquía despótica*.

Se entiende que el *oficialismo* haga lo que hace, defienda lo que posee, parte del Estado, el privilegio de gobernar y de lo que se ha *apropiado*. Lo que asombra es la tenacidad con la que se aferra al *poder*; incluso arriesgando que se desate una *guerra civil*. ¿Por qué no evita que esto pueda ocurrir? ¿Prefiere lograr sus propósitos a costa de destruir el país? ¿Qué clase de políticos son éstos que prefieren llevar lejos el enfrentamiento? ¿No son la paz y el país los bienes que hay que preservar ante todo? ¿Por qué embarcarse en el *dilema absoluto* del *ultimatismo*, ¡o todo o nada!?

La *revolución* no se *impone*, se la *hace*; es una fiesta popular llena de *entusiasmo*. La *revolución* no es un Estado, que es el que *impone*, si se quiere la *Ley*; pero también impone el capricho de los gobernantes. Cuando la "revolución" se *impone* ha dejado de ser *revolución*; es un *Estado policial*. Esta es la enseñanza de la *historia* dramática de las *revoluciones* en la modernidad. Sin embargo, estas lecciones de la *historia política* no se *aprenden*; se repite lo mismo, lo mismos errores, las mismas poses *ultimatistas*, *autoritarias* y *patriarcales*, como queriendo reincidir en lo mismo; en el mismo *temor* de la *revolución*. ¿Por qué? ¿Para los que lo hacen el *mundo* es eso, el *eterno repetir de lo mismo*, tomar el poder, después esforzarse por preservarlo? ¿Creen

que son la encarnación de la *revolución*, que son los paladines de la *revolución*, de la que se tienen que hacerse cargo?

Si se *mata* a nombre de la "revolución" es porque la nombrada no es una *revolución* o ya no es una *revolución*; ha dejado de serlo. Antes y ahora se mata a nombre de *Dios*; cuando comenzó la modernidad, toda vertiginosa y desbordante, con sus *revoluciones*, se mataba a nombre de la *libertad*; después, cuando se desbordó la *revolución social*, una vez convertida en Estado, se mataba a nombre del *socialismo*. ¿Qué clase de *Dios*, de *libertad*, de *justicia* conciben los que matan? Usan el nombre de *Dios*, de la libertad, de la *justicia*, para matar; para descargar sus frustraciones recónditas y sus furias atroces. Es la *consciencia desdichada, culpable y resentida* la que se desenvuelve en estas ocasiones como un *ángel exterminador*. ¿Ahora, en Venezuela a nombre de qué se mata? ¿De la *revolución bolivariana*? Si son los sepultureros mismos de la *revolución*, son el *termidor* de "izquierda" que acaba con la *revolución*; la culmina hundiéndola en el abismo de sus propios miedos y terrores.

¿A nombre de la *revolución* se puede hacer lo que venga en gana? Por ejemplo, suspender las actividades de la Fiscalía General, desconocer sus atributos constitucionales e institucionales, prohibir la salida de Luisa Ortega, la Fiscal General; lo que es prácticamente un arraigo. ¿Con que atribuciones se otorgan el empleo de estos recursos *represivos*? No son por cierto constitucionales, ni institucionales, menos *democráticos*; tampoco *revolucionarios*. Simplemente es el empleo abusivo del monopolio de la fuerza; nada más. Llamar a esto *revolución* es grotesco; más lamentable que haya "intelectuales" que dicen que *sí*, que esto es "revolución", con todas sus contradicciones. ¿Qué concepción de la "revolución" tienen en sus cabezas? ¿La de Robespierre? Parece que se han quedado con la consigna de que "la violencia es la partera de la historia", que no era otra cosa que figura panfletaria.

La *crisis política*, que además connota la *crisis múltiple* del Estado-nación, tiene la virtud de mostrar estas *honduras*, ocultas en *tiempos* sin crisis; *honduras* donde se guardan los peores prejuicios, las más enredadas pretensiones, los más ateridos odios, además, acompañados por las prácticas más mañosas y virulentas. En pocas palabras, los *sujetos* se muestran tal como son; evidencias sus desesperaciones, pero, también sus *límites*. En estas condiciones,

hacer caso a lo que dicen, a sus discursos, en un desatino; ahí no se va encontrar ninguna clave para entender sus *conductas* despiadadas. Lo único que hay en esta *locución* es la *inercia* de la repetición de un discurso mecánico y aburrido, a no ser que se traten de sus despavoridas acusaciones: "traición", "demencia". Hay más suaves, pero, ese es también el *tono*, la búsqueda de la *descalificación*. No pueden discutir, debatir, argumentar, solo atinan a señalar como hacían los *inquisidores*, ¡el demonio! Esto es *conservadurismo recalcitrante*, en la forma más exacerbada. Esta *violencia* en la locución, en las palabras, en los procedimientos, en las acciones, devela el *miedo* que conmueve a los *sujetos despóticos y autoritarios*. Estos *síntomas*, estos ademanes airoso, no tienen nada que ver con la *revolución*. Se trata simplemente de *poder*, la *seducción del poder*, el sentirse *alguien* porque se está en el *poder*. No se quiere perder este privilegio y este *escenario* descomunal, donde ocultan sus *miserias humanas* y se muestran prepotentes, con las máscaras de protagonistas de guion de comedia.

Sin embargo, el *problema* principal no es esta *simulación* de la "revolución", no son estos *disfrazados* de "revolucionarios", que hacen uso de todo a su alcance para mantenerse en el *poder*, no es este *termidor* que amenaza a lo que queda de la *revolución bolivariana*, peor aún, amenaza al pueblo, con sus chantajes emocionales. El *problema* principal es cómo *continuar con la revolución*, sin que se detenga, ya sea por el *termidor* de "izquierda" o el *termidor* de "derecha". El *problema* principal es cómo sale el *pueblo* del *atolladero* en el que se encuentra, *chantajeado* por el gobierno, *llamado* por la "oposición", que le recuerda los periodos aciagos, donde no era nadie para el *poder*. ¿Cómo encontrar una *salida* donde el *pueblo* no dependa de *convocatorias del mito*, sino de su propia *potencia social*? Esta es la cuestión.

Esta es la *responsabilidad del pueblo*². La *responsabilidad* no tanto ante la *historia*, frase que forma parte de los discursos de la modernidad, sino ante los *pueblos del mundo*, pues se trata de salir de la *encrucijada*, que toma la forma de *circulo vicioso del poder*. Cuando un *pueblo* se encuentra ante este *desafío*, de seguir adelante, sin retroceder, tampoco de *orbitar* en el *campo gravitatorio del poder*, *simulando* avances, cuando son *repeticiones* de lo mismo, en distintas

² Ver *Alteridad o decadencia*. https://issuu.com/raulpradaalcoreza/docs/alteridad_o_decadencia_2.

figuras y tonalidades; su *responsabilidad* es encontrar la salida del laberinto.

En la crisis venezolana han aparecido senderos para encontrar esta *salida*. En resumen, sintetizando, la convicción naciente; se dice ni los *unos* ni los *otros*, ni el *gobierno chantajista* ni la "derecha" aterida al pasado y a sus propiedades; sino *nosotros*, el *pueblo* que se levantó en el *caracazo*, que sostuvo al proyecto del *carismático caudillo*, en su incursión soberana, nacionalista y social, que sostuvo el *proceso constituyente*, que fue el *substrato pasional* de la Constitución bolivariana, que sostuvo al *caudillo* en una y otra elección; el pueblo que ahora le toca, después de haber aprendido de la *pedagogía política*, hacerse cargo de *sí mismo*, realizar el *autogobierno* y la *autogestión comunitaria*, que se encuentran planteadas en la Constitución y, de manera inicial, en las *comunas*.

Pero, ¿cómo lograrlo? ¿Cómo salir del *atolladero*? ¿Cómo *cruzar la encrucijada*? Aunque suene *tautológico*, solo el *pueblo* puede resolverlo. *Pueblo* es un *concepto universal*, heredado de la *episteme de la modernidad*; lo usamos porque requerimos comunicarnos. En la *comunicación* se requiere, a pesar de los *desplazamientos teóricos*, los *enfoques de la complejidad*, de palabras y figuras que connoten *significaciones* conocidas en los *imaginarios sociales*. Pero, también *pueblo*, parece un *concepto* adecuado cuando se tiene que *convocar*. La *convocatoria marxista al proletariado internacional*, por más acertado que fuera, en lo que respecta a las *condiciones sociales* en el *capitalismo*, no deja de ser excluyente. Más problemático, cuando el *proletariado sindicalizado*, en la *modernidad tardía*, es un estrato privilegiado y minoría, en el *contexto* del *proletariado nómada*, no sindicalizado, super-explotado, que no goza de los beneficios de la ley del trabajo. Las *luchas antimperialistas* y de *liberación nacional* convocaban a *pueblo*. Ahora, en las condiciones de la crisis del *sistema-mundo capitalista*, en su etapa *tardía*, parece, nuevamente conveniente convocar al *pueblo*.

No tanto por su sentido universal, sino porque se refiere a la *voluntad popular* de la sociedad. Donde todos los estratos, si se quiere, todas las clases, diremos explotadas, aunque no solo, sino subordinadas, se encuentran ante la *responsabilidad de liberar la potencia social*. Ciertamente, quizás sea más adecuado teóricamente usar otros conceptos, mas bien, derivados del *pensamiento complejo*. Sin

embargo, lo indispensable en las *transiciones*, en los *umbrales* que se cruzan, en los *horizontes* que se abren, sea usar palabras y conceptos conocidos, estirarlos como plastilina, otorgándoles otras connotaciones.

La pregunta entonces es: ¿Cómo el *pueblo*, con todas las *diferencias*, *variedades* y *singularidades* que lo componen, puede *consensuar* una *salida*? Bueno, acudiendo a la *experiencia social política*, parece que lo primero que tiene que hacer el *pueblo* es *auto-convocarse*. Requiere de un *encuentro* de toda la sociedad, para verse frente a frente, cara cara, percibirse, sentirse, olerse, escucharse, poner en mesa sus conjeturas, debatir, deliberar, sobre todo, *reflexionar colectivamente*. Reconocerse, es decir, verse a los ojos, para mirar lo que son realmente, no deducir de las *estigmatizaciones* lo que es el *otro*. La *democracia radical*, la que toca *raíz*, es la que busca y logra el *consenso*. Eso tiene que lograr el pueblo venezolano.

No hay receta, no hay clarividencia, menos de los *intelectuales*, hablamos de los comprometidos, no de los habladores y charlatanes. El *consenso* es más que *inteligibilidad*, que es lo que persigue la *teoría*; el *consenso* es un *acuerdo social afectivo y convencido*. El *consenso* es la *ruta* donde todos *participan* en el camino de construcción del *porvenir*. El *consenso* se logra cuando se sale del *dualismo esquemático* de la *política institucionalizada*, la del *esquematismo del amigo y enemigo*. El *consenso* está *más allá del amigo y enemigo*. El *consenso* aprecia el aporte de todos, los diferentes, sus *interpretaciones*, para deconstruir todas ellas y lograr *interpretaciones integrales*.

Para no alargar esto que ya parece un sermón, diremos algo que es como la *conclusión* de una evaluación de la *historia política* de la modernidad, que además, se remonta a los logros de las sociedades antiguas. La mejor *invención política* es la *democracia*, pues ella, en el sentido inicial, es *autogobierno del pueblo*. Que la modernidad haya adulterado la *democracia*, convirtiéndola en una *institucionalidad* de las *delegaciones y representaciones*, es parte de su *hábito* por la *simulación*, la *instrumentalidad* y el *reduccionismo*. En esta *perspectiva*, no se puede hablar de *revolución* sino es *democrática*.

